

**FUENTE: REVISTA LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA. BOGOTÁ, ABRIL, JUNIO Y JULIO DE 1935. COMPILACIÓN: ALFREDO PÉREZ ARÉVALO.**

Cuando buscaba un artículo del Padre Pedro María Gélain, mencionado por don Benjamín Pérez Pérez —en una entrevista concedida al periódico «Noticias Playeras»— sobre la majestuosidad de los estoraques, encontré su biografía. No aparecieron los apuntes líricos, pero el hallazgo compensó mis horas de consulta en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional. El rector francés del seminario diocesano de Ocaña es un punto de referencia en la educación de la primera mitad del siglo 20. De La Playa de Belén debemos destacar como discípulos de Gélain, además de don Benjamín, a los sacerdotes, Alejandrino Pérez Amaya, Roberto Claro Arévalo, Alcides Velásquez Claro, José de Jesús Claro Ovallos y Fray José María Arévalo.

### **R.P. PEDRO GELAIN 1884 – 1935**

Por LUIS SAMSON, C. J. M.



Nació el Padre Pedro María Gélain el 1 de abril de 1884 en Saint Caradec (Hennebont). No lejos del hogar, en medio de campos pintorescos, alzabase el noviciado eudístico de San José. Quizá la cercanía de esa casa de formación religiosa, tal vez la vista de los novicios que durante la procesión llevaban en hombros la célebre imagen de Nuestra Señora del Voto de Hennebont, suscitó en el niño el deseo de pertenecer algún día a la Congregación de Jesús y María. Bien pudo ser. Guiado y auxiliado por sus padres, cristianos ejemplares, luego de la primera comunión, el niño vio realizadas sus ambiciones con el ingreso a la Escuela Apostólica de Plancoet, No fue Pedro María de aquellas

inteligencias brillantes que a los comienzos cautivan para engendrar después hastío y desaliento; contaba empero entre los alumnos en quienes se pueden fundar serias y halagüeñas esperanzas, ya por la piedad y rectitud de conciencia, ya por la regularidad enérgica y el feliz equilibrio de las facultades.

A l terminar los estudios de segunda enseñanza, Pedro María, tras un breve y merecido descanso en Saint Caradec, se dio a los ejercicios del Noviciado en Kerlois, en septiembre de 1901, donde gozoso le recibió el P. Mery quien le conocía desde hacía tiempo. Con todo, como quiera que la política anunciaba tempestades, la Congregación hubo de buscar para sus casas de formación un refugio seguro en Bélgica. Pedro María, al separarse de los suyos, se prosternó en el Santuario de Hennebont, a los pies de Nuestra Señora del Voto, tomando luego con varios compañeros la vía de Gysem-les-Alost.

El 25 de mayo de 1907 la ordenación sacerdotal coronaba en la santa iglesia de Gant los años de preparación y abría de par en par al P. Gélain las puertas

del apostolado. Su corazón rebosaba entonces en santas ambiciones de trabajar por la gloria de Dios. Alma entusiasta y bien templada, veía abrirse la vida con alegría sin el más mínimo temor a la privación y al sacrificio; vivirá siempre alegre; chancero sin malicia, hará respirar doquiera una atmósfera de regocijo; sus chistes y gracejos no caerán en gracia a todos, pero nadie renegará de la buena intención. No sin razón se dijo que los religiosos más serios son con frecuencia los más alegres.

Panamá, su primer campo de acción, encontró más de una ocasión para poner en juego la filosofía práctica que le distinguía y para alimentar el espíritu de sacrificio de que, por lo demás, hallaba ejemplos vivos en los Padres llegados antes de él al campo del deber. Hijo de aduanero, halló a orillas del Pacífico una morada deleitosa; durante los paseos holgábase con los alumnos en la contemplación del océano que le hacía olvidar la estrechez en que le encerraban los muros del Seminario. Llegado al Istmo en 1907 lo abandonó dos años más tarde, poco antes de que la Congregación renunciara a aquella obra cuyo ensayo se había prolongado tal vez demasiado.

En Colombia le aguardaba un campo de acción, si no más extenso por lo menos más interesante. En efecto, recibió orden de acudir como colaborador del P. Buan, al Juniorato de San Pedro, que acababa de fundar el P. Fouyard, entonces superior provincial.

Aquí también le acompañarán la estrechez del local y las incomodidades de toda obra en ciernes. Fundado sobre la modestia, el Juniorato no contó al principio más de cuatro piezas, un patiecito y un corredor en el piso bajo de una casa alquilada cerca del seminario diocesano. En aquel recinto, bien reducido por cierto, el P. Gélain con generosidad infatigable fue para nuestros primeros aspirantes en este suelo fecundo, un Padre y un Ángel Custodio. Aquí fue el ingeniarse para poner en juego los talentos recibidos del Cielo a fin de llevar a buen término la delicada obra que se le había confiado.

Excursiones interesantes, recreos animados, sesiones recreativas, todo le sirvió para alejar de aquellos niños el mal espíritu, y mantener en la jaula a los inquietos pajarillos, algunos de los cuales, sin embargo, hallaron el modo de echarse al aire,

*«... De recto juicio demasiado escasos para ir inciertos por lejanas tierras».* (La Fontain)

Vigilábalos asidua y paternalmente, favoreciendo siempre entre Padres y alumnos una cordial y respetuosa familiaridad. Al año siguiente le encontramos trabajando en el seminario diocesano, a cuyas clases asistían los «*Junioristas*», y en donde los alumnos, por ese tiempo muy numerosos (pues que allí estudiaban filosofía antes de ir al Seminario mayor de Antioquia), aliaban sabiamente la piedad y la disciplina.

El P. Gélain trabajó sin descanso. Con ardor de niño se dio al estudio del castellano que pronto hablará con facilidad y cuya sintaxis llegará a dominar de manera sorprendente; enseñó el latín con igual competencia siguiendo las

huellas del P. Fonyard, latinista de mérito; conoció muy bien las leyes de la acentuación; bajo su dirección los alumnos alcanzaron notables progresos, y por su aplicación obtuvieron que el Padre los guiara con disciplina firme pero más bien paternal, lo que todos supieron apreciar sin abusar jamás de aquella bondadosa condescendencia; cautivábales sobre todo el interés que tomaba el Padre para distraerlos honestamente: y en efecto organizaba bazares, «en donde, como él decía, por cinco centavos se hacía uno a un par de botones, de alfileres o de cordones de zapato». Preparaba veladas literarias con alguna dificultad, lo confesaba él mismo, que sabía vencer; celebraba con esmero las solemnidades religiosas cuya relación enviaba fielmente a *Los Sagrados Corazones*.

Los momentos libres los consagraba al santo ministerio en la parroquia. ¡Cuántas horas no pasó en el confesonario! ¡A cuántas almas no conquistó para Dios con su bondad y dulzura! En tiempo de asuetos acudía en auxilio de los pueblos vecinos en donde predicaba, ya los retiros de Hermanas del Corazón Admirable, ya las solemnidades de la Inmaculada y de Navidad. En alguna ocasión acompañó al señor Obispo en la visita pastoral; días fueron aquellos de trabajo intenso, pero que trajeron gran consuelo a su alma apostólica «por el bien realizado en el tribunal de la penitencia», y por la suave emoción que causaba en su corazón la recitación del rosario entre Pastor y campesinos. ¡Qué espectáculo! De lado y lado las ramificaciones de la cordillera, y por encima el cielo poblado de estrellas; en ese templo el alma busca a Dios sin el menor esfuerzo. «Lástima que la necesidad del reposo nos vuelva luego al prosaísmo de la vida». Y más adelante se leen estos rasgos de alegría y buen humor: «¡Qué bien se está sobre las aguas!». ¡Se creería uno en el Blavet o en lagunas de Glenac! Los caimanes, poco acostumbrados a ver al Obispo en sus dominios, emergen tímidamente a flor de agua!». Antiguas estatuas hacen sonreír a monseñor, quien ordena se echen al fuego: «San Pablo con levita, y santa María Magdalena en éxtasis al pie de la cruz». Después, el regreso a San Pedro en compañía, de una media, docena de papagayos que metían más ruido que las rompientes del río.

Alegre, infatigable, de salud robusta y de celo ardiente por la salvación de las almas, el P. Gélain fue un misionero a carta cabal. ¡Qué recuerdo tan grato se guarda aún de él en Antioquia! ¡Cuánto bien no hizo! No, sin duda, por su elocuencia, un tanto monótona y fría, pero sí por el alimento sólido que daba a sus oyentes. ¡Qué riqueza de fondo en sus sermones! Con ello se le perdonaba fácilmente la monotonía y un cierto tartajeo que jamás llegó a corregir por completo.

"Profesor durante el año, misionero en vacaciones, —escribe él mismo—, he ahí el ideal del Padre Cochet, de santa memoria". Tal el programa que desarrollará también en Santa Marta adonde lo envió la obediencia en 1914.

Aquí también (Santa Marta) ante una fundación, el P. Gélain con la sonrisa en los labios hará frente a las dificultades de toda organización, y de acuerdo con el Superior trabajará porque Santa Marta «alcance rango de distinción entre sus hermanas mayores».

Ecónomo por vocación, pone en juego su actividad su destreza e inteligencia práctica del ambiente que le rodea. Inútil exigirle precios elevados. Un «¡hijo!», exclamativo, fuerte y tierno a la vez baja los humos del comerciante y le coloca en el terreno en donde quería verlo el avisado cliente. Muy pronto rejuvenecen las antiguas construcciones, y las aves vienen presurosas a la jaula en que el optimismo del Padre «entrevé un porvenir cuajado de esperanzas halagüeñas para la iglesia samaria.»

Entre los alumnos que recibieron con simpatía a los nuevos directores y que ahora entran con la mayor buena voluntad en los troqueles de su formación, el P. Gélain descubre a la vez cualidades y defectos: no dice él, como Lafontaine, «son mis chiquillos graciosos y bellos, cucos y monos más que todos sus camaradas»: antes bien anda tras sus tretas y artimañas que, en su sentir, se traman igualmente en los seminarios mejor reglamentados.

Acomodado a las circunstancias, dulce, suavemente, con prudencia y amplitud de miras, poco a poco va esfumando el antiguo régimen en tanto que se abre paso iluminado por los principios de formación eudística.

Las vacaciones llegan y con ellas las excursiones apostólicas por la laguna de Ciénaga, no ya ahorcadas sobre brioso corcel, sino en «humilde canoa, y adelante, sin más abrigo que un paraguas». En esta casa se le aguarda: a un gesto suyo las gentes se retiran; y a solas escucha al enfermo: pero a mitad de confesión, a una pregunta suya, responde, no el penitente si no otra persona que indiscretamente se deslizó entre ellos. Dispónese luego a la administración de la Extrema Unción, mientras una buena Señora toma la palabra «para exhortar al moribundo a que haga el sacrificio de su vida y se arrepienta de sus pecados *buenos* y malos.»

Qué agregar —dice— a una exhortación tan patética; nada por cierto. Hay en la Costa brezos y espinos. Allá fue el Padre Gélain con voluntad decidida; al regreso de sus correrías apostólicas no tuvo que decir como los honrados aduaneros del Blavet de vuelta al resguardo: «*Nada nuevo*». De nuevo hubo en Santa Marta, que la indiferencia religiosa bajó en el termómetro, en tanto que se acentuaba la ascensión de las almas, y las comuniones frecuentes eran el alborear de días más prósperos. Y esta resurrección espiritual debió mucho indudablemente al celo con que el Padre se entregó al ministerio de la confesión.

Llegado a Pamplona, a donde le llevó la obediencia en enero de 1917, el P. Gélain se sintió un poco desorientado ante el sabio régimen de disciplina que mantenía en la casa el orden y la paz, el trabajo y la piedad, del que ya le había hablado con elogios un antiguo conocedor de este Seminario, el que fue su superior en Santa Marta.

Aquí no era menester echar plumón al nido para retener a los pajarillos hechos al calor del hogar, que los alumnos de Pamplona gustan más de una mano fuerte que los guíe hacia el ideal, llana, imperiosamente, sin guantes de felpa. Comprendiólo así el P. Gélain, y cambió el peluche, no sin dificultad, que el pasado deja siempre sus huellas; nada raro, pues, que de tiempo en tiempo

revistiera nuevamente sus hábitos de dulzura de que algunos sin duda pudieron abusar. Por lo mismo saludó con regocijo los asuetos que se venían encima, y salió al encuentro de la vida familiar para «tratar con sus hermanos más espontáneamente, sin la tirantez que se exige durante el año».

Se nos antoja que en más de una ocasión debió llamar en su auxilio a la Virgen Santísima, a quien tanto amaba, para confiarle el timón de la barquilla en ese mar a veces turbulento, que es la clase. Tierna fue su devoción hacia la Madre de Dios, como que era oriundo del país en donde se la invoca con el título de Nuestra Señora de las Olas, de la Victoria del Paraíso. ¡Cuan grande no fue en efecto el interés que tomó en Panamá por el santuario de Nuestra Señora de Lourdes erigido a algunos kilómetros de la ciudad! En Pamplona, como sacristán puso todo esmero en la ornamentación de la gruta construida por el P. Sahannat en la misma capilla del Seminario. Secundada por la generosidad de los fieles preparó bellísimas solemnidades en honor de María.

De admirar —dice el cronista— cómo las guirnaldas y las flores se entrelazaban a porfía para tejer, brillante y fresca, la corona de la Virgen Inmaculada. ¡De cuántas comuniones fervorosas y de cuántas súplicas fervientes no fue testigo aquella gruta de María! Su espíritu de religión tan acendrada le inspiró igualmente la idea de reemplazar el altar mayor; presentóse al punto un bienhechor, el doctor Reyes Ruiz; trazóse el plan y bien pronto se pudo admirar un hermoso altar de cedro de grandes dimensiones en proporción con una capilla mayor que el P. Gélain soñaba construir en el Seminario de Pamplona; pero noramala los acontecimientos impidieron la realización del piadoso proyecto que era deseo de todos. Un día, en el mes de febrero de 1919, una carta le traía orden de partir nuevamente, en nombre de la obediencia, para Santa Marta.

¿Qué diremos de su nueva estancia al pie de la Sierra Nevada? Durante los tres años que allí pasó siguió siendo el eudista que ya conocemos: profesor concienzudo, director y promotor celoso de vocaciones, y sacerdote abnegado por la salvación de las almas. De ello Santa Marta le quedará siempre agradecida. Bien es cierto que el grano cayó en terrenos muy diversos, y que en muchos ¡ay! no germinó; pero ello no modifica en manera alguna el gesto generoso del sembrador incansable, cargado de méritos ante el Señor.

En marzo de 1922 hallamos al P. Gélain en su país natal, después de quince años de apostolado bajo la Cruz del Sur. Ni permanecerá ocioso en *La Trinité-sur-Mer*, en donde le aguardaba su familia; una parte de sus ocios la consagrará a redactar en español un manual práctico de la devoción a San Juan Eudes, en forma de meditaciones, obra bien pensada que alcanzó merecida aceptación.

De gran provecho será este libro para las almas deseosas de conocer si quiera de una ojeada la espiritualidad del Apóstol del culto público a los Sagrados Corazones, como que esas meditaciones dejan adivinar «los tesoros que desbordaban del corazón del Santo Fundador». Este fue el segundo, libro publicado por el Padre sobre propaganda eudística. Antes en Pamplona, había entregado a la publicidad un resumen biográfico de San Juan Eudes, cuya

primera edición, en tamaño reducido, se agotó en seguida; luego con aplauso general apareció la segunda edición, elegante y ornada de imágenes. Lástima grande que el Padre en esta obra haya dado a San Juan Eudes el título de precursor respecto al culto público a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

En Jericó, a donde fue enviado a su regreso de Francia, escribió «*Jesús, nuestra vida y nuestro Rey*», pequeño volumen que tiene la vulgarización de las ideas fundamentales de «*Vida y Reino de Jesús*», la obra maestra de San Juan Eudes.

Tras corta permanencia en Jericó, el P. Gélain, en diciembre de 1923, fue nombrado superior del Seminario Menor que Monseñor García acababa de establecer en Ocaña nueva fundación en donde desplegara su actividad incansable. La Capilla del Dulce Nombre se vio pronto embellecida y animada por la asidua concurrencia de los fieles. Durante once años el Padre no cesará en las obras del ministerio sacerdotal, hasta que, falto de fuerzas, hubo de rendir las armas al arribo de la muerte.

En el régimen interno del seminario, visto el carácter indolente de los alumnos, la indecisión del espíritu y su prontitud a echar la soga tras el caldero, no le fue posible al P. Gélain exigirles un amor tal a la disciplina que la pusiera al abrigo de quejas y resquemores. Por lo demás, la convicción de esta imposibilidad se hermanaba muy bien con su carácter bondadoso, enemigo de la severidad; de ahí un régimen disciplinario tan complaciente que mal podía ser del agrado de todos; de ahí ciertas apreciaciones que, a decir verdad, se habrían impuesto, si estuvieran más acordes con las exigencias del medio ambiente.

En aquel semillero el Padre Rector se esforzaba por hacer medrar las plantas más por suaves impulsos sucesivos, que no por tracciones violentas con que el tallo corriese peligro de romperse. «*Ars artium régimen animarum*». Y efectivamente, con mayores exigencias habría conseguido el Padre mejores resultados. No osaríamos afirmarlo, ya que lo mejor resulta a veces en pugna con lo simplemente bueno. Creyó él —tras madura reflexión— que para atraer a los alumnos, ganarlos y retenerlos en el seminario convenía en veces hacerse el ciego para no ver ciertas cosas de poco alcance.

Por cierto no era lo más perfecto; pero es siempre obrar con prudencia, el acomodarse a las circunstancias. Resultados, y muy notables, obtuvo el Padre; pero en ocasiones hubo de gemir porque no correspondían a sus esfuerzos y al de sus colaboradores. Y así nos complacemos en pensar que al pie del tabernáculo, aquel eudista, de espíritu tan sacerdotal, y tan deseoso por lo mismo de dar sacerdotes a la iglesia samaria, hubo de derramar su corazón en tanto que ofrendaba al Dueño de la Viña sus decepciones y sus esperanzas frustradas. ¿Y cuántas veces no se repetiría la escena durante los once años de permanencia en Ocaña? Vigilar el trigo en su germinación, contemplar su crecimiento en el surco al impulso de la gracia para verlo un día, cargado de espigas, desparramarse por el suelo, es indudablemente un espectáculo muy doloroso. Por fortuna, no por ello disminuye un ápice el mérito ante Dios.

El P. Gélain —lo vimos ya— tenía el celo del misionero; devorado por el deseo de hacer bien a las almas, estableció en Ocaña la Propagación de la Fe, de la cual, a vista de los resultados alcanzados, fue nombrado Director diocesano por su Excelencia Monseñor García. A la cabeza de esta obra siguió los pasos del venerado Padre Hamón, apóstol también de ella en Antioquia.

Precisamente leía la vida del primer eudista llegado a Colombia cuando —el ocho de enero— se hicieron sentir los primeros síntomas del mal que le llevaría al sepulcro. Sin embargo, desde diciembre, por orden del médico, el P. Gélain hubo de someterse a un régimen riguroso, sin dejar, con todo, sus ocupaciones ordinarias; la enfermedad, no obstante, adelantaba considerablemente.

El martes, ocho de enero, estaba confesando, cuando una crisis terrible le obligó a suspender el santo ministerio, La muerte venía a sorprenderle en el surco del deber. Estaban en Ocaña desde algunos días el Padre General y Monseñor García quien presidía el retiro sacerdotal; .ambos pudieron seguir de cerca el progreso desconcertante de la enfermedad; fue tal la gravedad que el médico ordenó el traslado inmediato a la Clínica de las Hermanas de la Presentación. Muy en breve el Padre perdió el conocimiento; en el delirio hacía sin cesar el gesto de la absolución y de la comunión; recorría las cuentas del rosario, trazaba la señal de la cruz y se daba golpes de pecho. El viernes, once de enero, por la mañana, recuperó el sentido, y recordando ser aquel día el que se consagra a la Pasión del Señor, pronunció una oración en honor de las Cinco llagas, besando amorosamente el Crucifijo. Luego, aparejado ya para ofrecer el sacrificio de su vida, recitó el salmo «*Judica me, Deus*», que contiene sentimientos tan propios del que se presenta ante el soberano Juez. Hizo, pues, a plena conciencia, el sacrificio de su vida en unión con Nuestro Señor, repitiendo con fe muy honda: «*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*». Hacia las ocho Monseñor le administró la Extrema Unción y le dio el Santo Viático; la Comunidad rodeaba el lecho del enfermo, mientras el P. General, hondamente conmovido, ofrecía a Dios la vida de uno de sus amadísimos hijos que se había consagrado a la extensión de su reino en estas tierras. De rodillas a la cabecera del moribundo que amaba como a un hermano, Monseñor García hizo la acción de gracias. Entre tanto el P. Gélain besaba la reliquia de San Juan Eudes y rezaba un *Pater*, un *Ave* y el Credo. Fueron sus últimas oraciones. Las señales de una muerte cercana se hacían más palpables. Hacia las dos de la tarde la Comunidad se reunía nuevamente para recitar con Monseñor García las oraciones de los agonizantes. Poco después el P. Gélain entregaba el alma a su Creador, el viernes, once de enero a las tres de la tarde.

Ahora dejemos la palabra al Padre Felipe Escobar: «Como chispa eléctrica corrió la noticia por la ciudad y todo el mundo sin distinción acudió, y como todavía no estaba amortajado el cuerpo y no se permitía la entrada... querían casi atropellar las puertas para entrar; no se oía sino sollozos y lamentos. A las ocho de la noche se expuso el cuerpo descubierto y con sus ornamentos sagrados en la capilla del Hospital; innumerable era la multitud.

Al día siguiente a las siete y media de la mañana, el Excelentísimo señor Obispo, nuestro amado Padre General y todos los sacerdotes de la Provincia

que hacían retiros espirituales, los seminaristas de Ocaña y de los pueblos vecinos, que anduvieron aun de noche para venir al entierro de su querido Padre, procedimos al traslado del cadáver del Hospital a la Capilla del Dulce Nombre. En el Hospital se nos juntaron las Hermanas y todas las niñas de su colegio con uniformes blancos,

Al canto del Miserere se condujo el cadáver al seminario, todos los caballeros y los jóvenes de Ocaña se disputaron el honor de cargar el féretro, desde el señor Prefecto de la Provincia y el Alcalde de la ciudad; y es que todos querían al Padre, porque tal es el premio de los humildes: ellos poseerán la tierra. Después de la Vigilia cantó la misa el muy digno señor Vicario, don Daniel Sánchez Chica, todo el clero cantó el entierro que presidió el Excelentísimo señor Obispo.

Qué conmovedor, qué hermoso fue este último homenaje rendido al P. Gélain, en la conducción a su última morada. El Excelentísimo Señor, el Clero de la Provincia y los seminaristas, marchando delante del cadáver, iban cantando el Miserere; las Hermanas de la Caridad y sus colegios, las cofradías parroquiales: Hijas de María, Perpetuo Socorro, el Santísimo, las Teresitas, todas precedidas de sus respectivo estandartes, el cuerpo del P. Gélain llevado en hombros de los caballeros de Ocaña que se disputaban este honor, y por fin una muchedumbre que llenaba las calles. Todos los rostros manifestaban el pesar y muchos se veían bañados por las lágrimas.

Antes de cerrar la caja, en el cementerio, extendieron los brazos que tenía sobre el pecho, y, cosa notable, estaban flexibles.

El Excelentísimo señor Obispo depositó un beso en la frente de nuestro querido Padre y todos nos despedirnos. Cuántas lágrimas depositó Ocaña sobre la tumba del R. P. Gélain, digno tributo a la humildad, a la caridad y al celo de quien, como Nuestro Señor, pasó haciendo el bien. Desde el cielo seguirá el Padre orando por este seminario que él fundó, que tanto amó y en el cual gastó las últimas energías de su apostólica vida».